

LOS GOLIARDOS DESAPARECIERON HACE SIETE SIGLOS

Las persecuciones y las condenas de la Iglesia Católica acabaron con ellos y su poesía de crítica y protesta a finales del siglo XIII

Pedro Pascual Martínez

Universidad Politécnica de Madrid. España.

Los goliardos desaparecieron hace ahora setecientos años, tras sufrir una serie de persecuciones y condenas que se incrementaron a finales del siglo XIII. Durante este siglo, el anatema eclesiástico cayó una y otra vez sobre los goliardos. Por poner algunos ejemplos, el Concilio de Tréveris (1227) ordenó a los curas párrocos que vigilasen a los *vagos scholares aut goliardos* (estudiantes vagabundos o goliardos) para que no interrumpiesen la misa con sus cánticos, que al parecer no era infrecuente. En los Concilios de Château Gonthier y de Rouen se determinó que a los *clerici ribaudi, maxime qui dicuntur de familia Goliae, qui "goliardi" nuncupantur* (a los clérigos rebeldes, sobre todo a los que son de la familia de Golías, los llamados goliardos) no se les hiciera la tonsura, signo distintivo de los clérigos. En 1239 se generalizó la orden de cortarles el pelo al rape.

La puntilla la recibieron con la condenación del Concilio de Cahors (1289), sede episcopal del centro sur de Francia. A partir de aquí entraron en coma profundo e irreversible, aunque todavía dieron alguna señal de su existencia, lo cual impulsó al Concilio de Salzburgo (1291) a describirlos así: *Secta vagorum scholarium, scurriles, maledicos, blasphemos, adulationibus*

importune vacantes, qui clericos in vituperium clericalis ordinis profitentur, publice nudi incedunt, in furnis iacent, taberna, ludos et meretrices frequentant, peccatis suis victum sibi emunt, inveterati sectam suam non deserunt (secta de escolares vagabundos, chocarreros, maledicentes, blasfemos, importunos aduladores, que se proclaman clérigos para vituperio del orden clerical, que se exhiben desnudos públicamente, duermen en las tahonas, frecuentan las tabernas, los garitos y las prostitutas, consiguen el sustento mediante el pecado y por estar enraizados en su secta, jamás la abandonan).

Con este retrato, más de un delincuente que de un poeta inconformista, un bardo trotamundos, un cantor de la libertad, un juglar de la alegría y un trovador del amor, vivieron los goliardos los últimos años del siglo XIII, para extinguirse como una vela y desaparecer definitivamente, ellos y su poesía, que llenó una época de Europa al final de la Alta Edad Media.

Desde que el hombre es hombre y la mujer es mujer, las víctimas de la libertad de expresión se han sucedido sin parar. El poder establecido jamás ha tolerado la crítica. En cuanto alguien denuncia una corrupción o irregularidad, el poder lo aplasta. Esto es lo que les ocurrió a los goliardos. La disculpa fue su forma de vida. La realidad era que su poesía de parodia y denuncia, no gustaba al poder y éste determinó acabar con aquellos maestros y discípulos que cantaban al amor, a la vida, al vino y las mujeres, que se reían del Papa, de los obispos y abades, mientras recorrían los Estudios Generales, Escuelas y Universidades para oír las últimas reflexiones de los mejores profesores. Vitalistas, rebeldes, inconformistas, tuvieron su apogeo en los siglos XII y XIII. Los clérigos de vida disoluta continuaron, y ahí está la poesía satírica española del siglo XV. Los goliardos fueron las víctimas de la libertad de expresión de la Baja Edad Media. Representaron el papel de la contracultura, precisamente en los días de mayor esplendor cultural del medievo en la Europa occidental: nacimiento de las Universidades, fin del románico y comienzo del gótico, Escuelas de Traductores de Toledo y Sicilia, Aristóteles como paradigma, filosofía y teología escolástica, pensadores árabes y judíos que abrían caminos por los que luego continuaron los teólogos.

Ni todos los goliardos eran clérigos —en el sentido literario que a veces se solía dar a esta palabra en la Edad Media, el hombre culto, el ilustrado, escritor, versificador, docto, conocedor del latín— ni mucho menos todos los clérigos eran goliardos. Las poesías goliardescas, en su mayoría anónimas y en latín, que han pasado a la posteridad y formaron un subgénero o grupo en la literatura europea medieval, es indudable que fueron compuestas por escritores avezados, buenos latinistas, expertos en el manejo de las técnicas de ver-

sificación y grandes conocedores de la vida y miserias de la Curia Pontificia, de palacios episcopales, monasterios y parroquias.

No es difícil deslindar el campo del clérigo —lo que hoy conocemos por sacerdote católico— que llevaba una vida irregular y que abundó en los primeros siglos del cristianismo tras el Edicto de Milán, del clérigo goliardesco, que podía ser o no sacerdote pero que era un hombre culto e interesado por el saber.

PENOSA SITUACIÓN DEL BAJO CLERO DE LOS SIGLOS IV AL XIII

El primer Concilio Ecuménico que hubo en la Iglesia Católica fue el de Nicea (la actual ciudad turca de Iznik, junto al lago Ascanio y cerca del mar de Mármara), convocado por Constantino, en el Pontificado de Silvestre I, quien confirmó la orden del emperador. Se inició (25-VII-325) bajo la presidencia del Legado Pontificio y Obispo de Córdoba, Osio, y a él asistieron de 220 a 250 obispos. En él se combatió la doctrina de Arrio, se fijó el Credo y se alzó la voz, de forma muy severa, contra los clérigos que llevaban vida irregular.

En el siglo VIII, un comentarista de la *Regula Monachorum*, de San Benito de Nursia, hablaba de los monjes que abandonaban el monasterio y llevaban vida errabunda, fingiéndose peregrinos de una casa religiosa a otra. En los años finales de ese mismo siglo y primeros del siguiente, las Capitulares de Carlomagno se ocuparon, y con términos muy severos, de la vida de clérigos y monjes. La de “Heristal” (marzo 779), por ejemplo, indica que en lo *concerniente a los monasterios, habitados por los monjes, que se viva allí según la regla*, y en la de los “Missi Dominici”, de comienzos del 802, se ordena que *los monasterios de mujeres sean estrechamente vigilados y que, en ningún caso, se permita vagabundear a las monjas, y que los sacerdotes vivan de forma casta y sana*.

Entre tantas normas dadas por la Iglesia Católica desde sus comienzos, hay una que merece atención: *De ninguna manera se admitan los clérigos acéfalos o vagos*. Es una de las reglas más repetidas en todas las legislaciones que se ha dado a sí misma la Iglesia Católica, hasta el punto de que ese es textualmente el canon 265 del vigente Derecho Canónico, promulgado por el Papa Juan Pablo II (25-I-1993).

En el siglo XI, el Papa Gregorio VII se propuso llevar adelante una profunda reforma del clero, hoy conocida como gregoriana. Tras la promulgación del Decreto de Graciano (mediados del siglo XII) se sucedieron las Decretales de Gregorio IX (1234), el Liber VI de Bonifacio VIII (1289) y las Extravagantes de Juan XXII (1235). El espíritu que animó todas estas reformas es que no hubiese, entre otras lacras, “clerici vagantes”, nombre dado también a los goliardos. Con esa denominación se conocía a los clérigos que no estaban adscritos a una iglesia titular determinada. La Iglesia exigía que toda persona, aspirante a recibir las sucesivas órdenes, estuviera incardinado en una iglesia y tuviera un beneficio, aunque fuera con todas las cargas feudovasalláticas que esta palabra entrañaba, una forma de vida modesta pero digna, una congrua y honesta base para atender a sus necesidades materiales.

En ocasiones, un obispo mandaba a misiones a un clérigo a un lugar remoto para extender, organizar, afianzar la diócesis. A veces obtenía el curato. Si no era así, o por otras causas, regresaba a la capital de la diócesis, donde se le asignaban tareas menores con frecuencia. Estas solían ser, entre otras, las raíces del nacimiento de los curas que terminaban por ir de un lugar a otro sin oficio ni beneficio. Era una forma de goliardismo, con la que determinó acabar el Concilio de Trento.

Otras “hazañas” de los clérigos medievales fueron la simonía, el nicolaísmo y la barraganería, que llegaron a convertirse, en la práctica, en auténticas instituciones. La barraganería fue una situación habitual en la Edad Media. Era la vida en común de un hombre y una mujer solteros, reconocida jurídicamente y con algunos derechos de protección. Su origen puede buscarse en el concubinato latino, el derecho islámico o el *friedelehe* germánico. Se le dotó de “Carta de compañía”, que otorgaba derechos a la barragana e hijos, incluso en cuestiones de herencia. Los documentos de barraganería entre el clero de los siglos X-XV son muy abundantes, todo lo cual se reflejó en la poesía medieval. A partir del siglo XIII, los poderes eclesiásticos tomaron medidas y la barraganería, en número, descendió.

La simonía, causante de corrupciones innumerables, guerras y de la gran escisión protestante, la define el canon 727 del Código de Derecho Canónico como la intención deliberada de comprar por un precio temporal una cosa intrínsecamente espiritual, como son, por ejemplo, los Sacramentos, la jurisdicción eclesiástica, la consagración, las indulgencias, etc., o bien una cosa temporal unida a una espiritual de tal manera que la cosa temporal no pueda de ningún modo existir sin la espiritual, por ejemplo un beneficio eclesiástico, etc. La simonía tuvo su auge en los siglos X-XI

y continuó hasta el XVI. Lucharon denodadamente contra ella los Papas Gregorio VII, Urbano IV, Paulo II y el Concilio de Trento.

El reflejo que estas situaciones tuvo en la poesía medieval española aparece en Gonzalo de Berceo y Juan Ruiz. Es de rigor la pincelada sobre la formación y la cultura del clero, el regular y el secular, que dejaba muchísimo más que desear. En ocasiones semianalfabeto, mantenía una religión en la que abundaba la superstición y a la que el pueblo, totalmente analfabeto y muy inculto, seguía más por tradición que por convencimiento. De ahí el interés de la Iglesia y de los poderes civiles en extender la cultura, la formación del clero y del pueblo, las escuelas y universidades. Esta falta de formación la dejaron escrita varios poetas. Gonzalo de Berceo, en los *Milagros de Nuestra Señora*, habla del cura que no sabía decir más que una misa, en *El clérigo ignorante*.

Era un simple clérigo pobre de clerecía,
 Dicie cutiano missa de la Sancta María,
 Non sabía decir otra, diciela cada día,
 Más la sabía por uso que por sabiduría.
 Fo est missacantano al bispo acusado,
 Que era idiota, mal clérigo provado:
 "Salve Sancta Parens" solo tenía usado,
 Non sabie otra missa el torpe embargado.
 Dissoli el obispo: "Presta, dime la verdat,
 si es tal como dizen la tu neciedat".
 Dissoli el buen omne: "Sennor, por caridat,
 si dissiese que non, dizria falsedat".

También en los *Milagros*, al hablar de *El clérigo y la flor*, dice:

Leemos de un clérigo que era tiest herido,
 ennos vicios seglares fera mient enbevido.

En *El monje y San Pedro* se describe así al monje.

En Colonna, la rica cabeza de regnado,
 avie un monesterio de Saint Peidro Clamado:
 avie en el un monge asaz mal ordenado:
 de lo que diz la regla avie poco cuidado.
 Era de poco seso, facie mucha locura
 porque lo castigavan non avie nulla cura:
 cuntiól en est comedio muy grand desventura;
 parió una bagassa dél una creatura.

Y a un cardenal en Los dos hermanos:

Piedrol dizien al clérigo, avie nomne atal,
varon sabio e noble, del Papa cardenal;
entre las otras mannas avienuna sin sal,
avie grand avaricia, un pecado mortal.

A La Abadesa encinta:

Pero la abadesa cedió una vegada,
fizo una locura que es mucho vedada,
pisó por su ventura yerva fuert enconada,
cuando bien se catido, fallóse enbargada.

Gonzalo de Berceo debió nacer al fin del siglo XII y murió bien mediado el XIII. No fue poeta goliárdico, aunque por el tiempo podía haberlo sido. En cambio sí es poeta plenamente goliárdico, Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, cuyas fechas de nacimiento y muerte no son seguras: 1282-1350. Su *Libro de Buen Amor* se da como compuesto entre 1330-1343. También ofrece muchos testimonios del clero de su tiempo y de su baja formación. En el **Enxiemplo de la propiedat qu'el dinero a**, dice:

Yo vi a muchos monges en sus predicaciones
denostar al dinero e a sus tentaciones,
en cabo, por dinero otorgan los perdones,
asuelven el ayuno e fazen oraçiones.
Monges, clérigos e fraire, que aman a Dios servir,
si varruntan que el rico está para morir,
quando oyen sus dineros que comiençan a retenir,
quál d'ellos lo levará comiençan luego a refnir.
Fazié muchos priores, obispos e abades.
arçobispos, doctores, patriarcas, potestades,
a muchos clérigos nesçios dávales dinidades
fazié de verdat mentiras e de mentiras verdades.
Fazla muchos clérigos e muchos ordenados,
muchos monges e monjas, religiosos sagrados;
el dinero los dava por bien examinados,
a los pobres dezían que non eran letrados.

Quando Juan Ruiz habla **De la penitencia qu'el flaire dio a don Carnal e de cómo el pecador se deve confessar a quien á poder de lo absolver**, dice:

Muchos clérigos simples, que non son tan letrados,
oyen de penitencia a todos los errados,
quier a sus parroquianos, quier a otros culpados
a todos los absuelven de todos sus pecados.

En esto yerran mucho, que lo non pueden fazer;
de lo que fazer non pueden, non se deven entremeter:
si el çiego al çiego adiestra e quier traer,
en la foya entramos dan e van a caer.

Así como los goliardos exaltan el vino y la buena vida, Juan Ruiz opta por contar sencillamente lo bien que se vive así, sin hacer apología, pero al final siempre da su lección moralizante. O sea, peca, luego te arrepientes, rezas. Y volver a empezar. Este es el consejo que da a un fraile.

Espinacas el miércoles conbrás no muy espesas,
por tu loca luxuria conbrás poquillas d'esas,
non guardaste casadas nin monjas profesas,
por conplir tu fornizio fazías grandes promesas.

En una línea plenamente goliardesca, Juan Ruiz sentencia así en *De cómo Trotaconventos aconsejó al Arçipreste que amase alguna monja e de lo que le contesció con ella*:

E aún vos diré ál de quanto y aprendí:
do an vino de Toro, non enbían valadí;
desque me partí d'ellas, todo este viçio perdí;
quien a monjas non ama non vale un maravedí.
Todo plazer del mundo e todo buen doñear,
solaz de mucho sabor e el falaguero jugar,
todo es en las monjas más que en otro lugar;
provadlo esta vegada e quered ya sossegar.

Y la lección moral en el *Enxiemplo de la raposa e del cuervo*:

Non es cosa segura creer dulce lisonja:
de aqueste dulce suele venir amarga lonja;
pecar en tal manera non conviene a monja,
religiosa non casta es podrida toronja.

Así habla en *De las figuras del Arçipreste*:

Sodes las monjas guardadas, deseosas, loçanas;
los clérigos cobdiçiosos desean las ufanas.

Unos versos que prueban su goliardismo.

Cantares fiz algunos, de los que dizen çiegos,
e para escolares que andan nocherniegos,
e para muchos otros por puertas andariegos,
caçurros e de burlas: non cabrían en diez pliegos.

Son deliciosos, aunque machistas, los versos en los que Juan Ruiz describe el tipo de mujer que le gusta, en *De las propiedades que las dueñas chicas an*:

Siempre quis muger chica más que grande nin mayor;
non es desaguizado del gran mal ser foidor,
del mal tomar lo menos, dízelo el sabidor,
por ende de las mugeres la mejor es la menor.

Y en los versos siguientes, *De don Furón, moço del Arçipreste*, de un trazo dibuja la situación de que la primavera, la sangre altera.

Salida de febrero e entrada de março,
el pecado, que sienpre de todo mal es maço,
traía de abades lleno su regaço,
otrosí de mugeres fazié mucho retaço.

GOLIARDOS Y UNIVERSIDAD

Con este panorama no es nada extraño la aparición de una elite de letrados, cultos, poetas, que iban por libre, con una forma de vida fuera de la normas establecidas y del contexto social de cada momento, que se dedican a denunciar cuanto ven y a estudiar. La figura del goliardo está íntimamente unida a la de la universidad. Los años finales del siglo XII son los del nacimiento de las primeras universidades europeas, la reconversión y la superación de las escuelas abaciales, catedralicias, palatinas, hasta los estudios generales y finalmente las universidades, que florecen a caballo de los siglos XII y XIII, a la vez que inicia su camino ascendente la escolástica como sistema científico y docente para hacer de la teología una ciencia, y dar más rigor al trivium y quadrivium. París, a finales del siglo XII, era una de las ciudades que tenía un centro de estudios con tanto prestigio que se le podía calificar de universitario, especializado en teología, y en el que se reunían maestros y alumnos de las escuelas parisinas y de sus cercanías en un solo cuerpo, *Universitas magistrorum et scholarium Parisiis studentium*.

Con parecido carácter nacieron las de Bolonia —en esta ciudad los estudiantes formaron un auténtico grupo de presión—, especializada en leyes; Salerno, en medicina; Oxford, en humanidades. En ocasiones, la decisión de fundar una universidad partía de la voluntad real, como en Nápoles; en Coimbra, por el rey Dionis (1288); o en España la de Palencia, (1212) por Alfonso VIII. La de Salamanca, fundada (1215) por Alfonso IX de León y refrendada (1254) por bula del Papa Inocencio IV. La de Valladolid es de 1260. En la Corona de Aragón, la primera fue la de Lérida (1300).

No podía faltar el líder. Aunque no hay documentación precisa, lo cierto es que el nombre del filósofo y teólogo francés Pierre Abelard sale a relucir siempre y se pone como paradigma de goliardo, no como poeta sino en cuanto la contestación que éstos encarnaban

Nacido (1079) en Le Pollet, cerca de Nantes, siguió las clases de Guillermo de Champeaux (1070-1120), uno de los primeros escolásticos, con quien se enfrentó. Cuando sólo tenía 22 años, Pedro Abelardo abrió una escuela en Melun, que significó su fulgurante carrera profesional y sus idas y venidas. Después impartió docencia en Corbeil, en la montaña de Santa Genoveva, cercana a París, y posteriormente estudió teología en Laon, con San Anselmo, con quien también rompió. Vuelto a París en 1113 siguió su vida de profesor y escritor. Era el momento de su mayor esplendor. Es en ese tiempo cuando hay que situar sus amores con Eloísa, sobrina del canónigo Fulberto, quien se la había confiado para que la diera clases. Profesor y alumna se enamoraron y se casaron en secreto. Había por medio un hijo, fruto de ese amor apasionado. Unos matones a sueldo de Fulberto, le castraron. Pedro Abelardo se retiró a la abadía de Sant-Denis. Eloísa lo hizo en el monasterio de Argenteuil. Poco después, Pedro Abelardo, a petición de sus discípulos, continuó su labor docente y de escritor, en medio de dificultades, pues sus doctrinas levantaban reticencias. Un libro suyo fue arrojado a las llamas. San Bernardo, que le apodó Gólfas —otro apoyo etimológico y razón para incluirle entre los goliardos— consiguió que fuera condenado por el Concilio de Sena (1140). Murió (1142) en el Priorato de Saint-Marcel, cerca de Chalon-sur-Saône. Pedro Abelardo fue un rebelde de su tiempo. Y de ese carácter de rebeldía contra lo establecido participaban los goliardos, un poco beatnik, un poco hippy, un poco punk, en la Edad Media.

NACIMIENTO DE LOS GOLIARDOS Y DE LA POESÍA GOLIARDESCA

La palabra goliardo tiene una raíz filológica difícil y una interpretación aun más oscura. Se la hace derivar de gula, de vocinglero y de Goliat. Los goliardos fueron estudiantes y/o profesores, clérigos o no, o unos y otros con otras gentes más, que iban de estudios generales en estudios generales, de universidad en universidad, para aprender, estudiar, interesarse por toda nueva doctrina, dándose al mismo tiempo a gozar de la vida, a comer y beber bien, disfrutando de ello con alegría. Y, por extensión, de los placeres de la mesa a los de la carne, de la gula a la lujuria.

El goliardismo tuvo su mayor arraigo en zonas de Francia, Alemania y norte de Italia, y en España, además del Arcipreste de Hita, en Cataluña. Las derivaciones filológicas de su nombre tienen raíces francesas: *guelard* (vocinglero), *gueule* (boca, bocaza), *gueules* (bocado), *gueler* (vocinglear), *guelardise* (golosina). Guelard tiene también la acepción de comilón o tragón. Todo este conjunto de vocablos, latinizados o sustantivados y asociados a Goliat-Gólfas, el gigante de la Biblia, como sinónimo de maldad, del mismo diablo, acabaron por fijar el término goliard o goliardo. Como toda actitud espontánea, no tuvo reglas, ni estatutos, ni organización, ni jefes. Por eso es impensable hablar de secta reglamentada y de un jefe llamado Gólfas.

Entre los primeros poetas goliardescos hay que nombrar a Hugo de Orleans (1093-d. 1160), el "Primate", uno de los que inició la corriente de crítica a los Sumos Pontífices, en su caso Lucio III, a quien dedicó una de sus poesías, al parecer por haberle negado un beneficio:

*Lucius est piscis, rex et tyrannus aquarum,
a quo discordat Lucius iste parum.
Devorat hic homines, hic piscibus insidiatur
esutir, hic semper, hic aliquando satur.*

(El lucio es un pez, rey y tirano de las aguas, del que poco se diferencia este Lucio. El uno devora a los hombres, ahora amenaza a los peces, uno siempre famélico, otro a veces saciado).

El "Archipoeta", quizá alemán, quizá nacido en 1130, es otro de los autores que dejó versos de indudable paternidad, frente a la gran cantidad de escritores anónimos. Fue un protegido del Gran Canciller del Imperio y Arzobispo de Colonia, Reginald de Dassel (h. 1120-1167), a quien dedicó una "Confessio".

Quizá el más sobresaliente fue Gualterio de Chatillon (Lila h. 1135-h.1201), canónigo de Amiens, probable autor del *Apocalypsis Goliás*, a quien se le atribuyen estas líneas: *Aunque soy un enfermo entre enfermos y un desconocido entre desconocidos, haré las veces de piedra afiladora, usurpando el deber de sacerdote. ¡Llorad, hijas de Sión!, los jefes de la Iglesia andan hoy muy lejos de imitar a Cristo. El orden eclesiástico está más postrado que el de los laicos: la esposa de Cristo se pone a la venta; la que antes sobresalía está ahora a merced de todos: se venden los altares, se vende la Eucaristía, a pesar de que nada valen las dignidades compradas.*

Pasado el susto del milenio, a la vista de que el mundo no había desaparecido, juglares y trovadores recorrían caminos cantando la alegría de vivir.

Así como el juglar es un cantor que repite lo que otros escriben, vagabundo, corre caminos, saltimbanquí, el trovador es un poeta que busca nuevos modos y rimas, y es a finales del siglo XI cuando aparece. Se cree que el primero fue el conde de Poitiers y VII Duque de Aquitania, Guillermo IX (1071-1127). Comienza a nacer la poesía provenzal, en una sociedad en la que las comunas, a finales del siglo XII, en el norte de Italia, se imponen, con un auge nuevo en la vida económica, merced a una incipiente burguesía agrupada en gremios; y, por otro lado, las cortes, alrededor de un príncipe o rey mecenas del arte, de la poesía caballeresca y del amor cortés. Daba sus primeros vagidos el canto gregoriano, Guido D'Arezzo dibujaba la primera grafía musical y se inician las primeras manifestaciones polifónicas hacia el año 1040. Del tropo se derivó el drama sacro. En este clima se escriben los poemas y cantos goliárdicos, los primeros en un latín macarrónico, tocando temas del amor y del vino, de la buena vida y de la diversión, y otros más profundos como críticas a la Iglesia y a la sociedad en general. Se mezclan frases bíblicas con notas clásicas, canciones populares y líneas retóricas, con libertad estrófica. Varios cancioneros populares recogieron estos poemas anónimos, escritos la mayoría de las veces por clerigos.

Característica común de la poesía goliardesca fue, además del anonimato, en general, y de la exaltación del "buen vivir, que mañana moriremos" o de ese grito repetido por los estudiantes "mihi est propositum in taberna mori", los ataques furibundos a la Iglesia Católica, razón por la que ésta siempre repudió y condenó a los goliardos, además de censurarlos expresamente por su modo de vivir. Estos son algunos ejemplos:

*Secta nostra recipit iustos et iniustos
 claudos atque debiles, fortes et robustos,
 florentes aetatibus, senio onustos,
 frigidus et Vaeneris ignibus combustos.*

(Nuestro grupo recibe a justos y pecadores, enfermos y débiles, fuertes y robustos, a los que están en edad floreciente y a los viejos exhaustos, a los fríos y a los que arden en los placeres de Venus).

*Vinum bonum et suave
 bonis bonum, pravis prave,
 cunctis dulcis sapor, ave,
 mundana laetitia.
 Vinum cum sapore,
 bibit abbas cum priore;
 et conventus de peiore
 bibit cum tristitia.*

(El buen vino suave es bueno para los buenos y malo para los malos, de dulce sabor y mundana alegría. El buen vino lo bebe el abad con el prior, y el peor lo bebe el convento con tristeza).

Iam lucis orto sidere,
statim oportet bibere.
Bibamus nunc egregie
et rebibamus hodie.
Quicumque vult esse frater,
bibat semel, bis, ter, quater,
bibat semel et secundo,
donec nihil sit in fundo.
Haec est fides potatica,
sociarum spes unica:
Qui bene non potaverit,
salvus esse non poterit.

(En cuanto nace el sol es oportuno beber. Bebamos francamente y volvamos a beber. Quien quiera ser nuestro cofrade, bebe una, dos, tres, cuatro, beba una vez y otra, hasta que no haya nada en el fondo. Esta es la fe del bebedor y la esperanza única de los compañeros: quien no bebe bien, no podrá salvarse).

Tres cancioneros recopilaron una notable colección de poemas goliárdicos. El *Carmina Cantabrigensia* tiene 49. Debe su nombre a Cambridge, donde se guarda. Parece que en el siglo XI fue recopilado o copiado por un clérigo de procedencia anglosajona, pues la mayoría de los versos son alemanes.

*Iam, dulcis, amica, venito,
quam sicut cor meum diligo:
ornamentis cunctis onustum.*

(Ven ya, dulce amiga, te amo como a mi propio corazón, entra en mi cuarto, vestido de lujo).

El cancionero más famoso es el *Carmina Burana*, corrupción del nombre de la abadía benedictina de Benediktbeuern, donde fueron compilados a mediados del siglo XIII. J. A. Schweller lo publicó (1874) por vez primera en Stuttgart, y una selección en Wurzburg (1879). Modernamente alcanzaron gran fama al ser musicados por el compositor alemán Carl Orff (1895-1982). Son unos 300 poemas, todos en latín excepto medio centenar en una mezcolanza en alemán y latín, de varias procedencias —Francia, sobre todo, Alemania e Inglaterra—, compuestos por autores anónimos, si bien se tiene la certeza de que hubo más de un clérigo como autor. Su temática es pre-

ferentemente amorosa y de crítica a la Iglesia. Orff terminó de componer (1936) su cantata y la estrenó en Frankfurt (1937). En esa línea de oratorio-ópera y también dentro de lo goliárdico, siguió *Catuli Carmina* (1943), del mismo autor.

Del *Carmina Burana* son estos deliciosos versos:

Stetit puella
 rufa tunida;
 si quis eam tetigit.
 tunica crepuit.
 Eia!
 Stetit puella
 tamquam rosula:
 facie splenduit
 et os eius floruit.
 Eia!

(Estaba la joven, túnica roja, si alguien la acariciaba, la túnica se estre-mecía. Estaba la muchacha como una rosa, el rostro esplendente y su boca florecía).

Aunque el movimiento goliárdico en España fue temprano, son pocos los testimonios existentes. El más importante de los cancioneros es el *Carmina Rhipullensia*, de un monje anónimo de Santa María de Ripoll, monasterio benedictino fundado (879) por Wifredo el Velloso. Llegó a su máximo esplendor cultural y poderío material en el tiempo del Abad Oliba (971-1046), quien durante su mandato (1008-1046) dotó al cenobio de una biblioteca que entonces sólo era superada por las de las abadías de Bobbio, Lorsch, Reicheneau y Saint-Gall. Además, el Abad Oliba hizo del monasterio de Ripoll uno de los más esplendorosos focos culturales europeos del medievo.

Si las muestras de la poesía goliárdica en España no fueron abundantes en número, el *Carmina Rhipullensia* es el que tiene, de cuantos hoy se conocen, más finura erótica, más luminosidad, gracia en sus versos, frescura inigualable en sus imágenes, tersura estremecedora en toda su estructura conjunta, de tal manera que puede decirse que es el que tiene un valor superior como cancionero. Lo publicó Luis Nicolau d'Olwer, tanto los manuscritos que se conservan en el Archivo de la Corona de Aragón como otras diversas piezas tomadas de diferentes manuscritos. Posteriormente se han hecho dos ediciones más. Del poema *El sueño* recojo los últimos versos.

*Si buscas una cara bella y deslumbrante,
aquí estoy, puedes poseerme, porque yo te amo.
Como no hay en el mundo ninguno más bello que tú,
deseo que me tengas como una hermosa amiga.
Conmovido enseguida por estas palabras de la doncella,
la abracé con firmes abrazos.
Besándole las mejillas, acaricio los pezones,
después de esto, lo completé con el secreto más dulce.
Puedes pues concluir que sería más feliz
y muchísimo más si estando despierto
tuviera a esa doncella,
a la que tuve mientras estuve atento en el prado.*

La figura goliárdica más clara de la poesía en lengua castellana es Juan Ruiz, al que llama “el gran goliardo” D. Ramón Menéndez Pidal en su obra *Poesía juglaresca y juglares*. Esta afirmación del gran tratadista de la literatura española ha sido discutida por otros especialistas, entre ellos D. Marcelino Menéndez y Pelayo. De cualquier manera, el Arcipreste de Hita es uno de los más claros exponentes de la línea goliardesca, pues critica a la Iglesia y fue uno de los clérigos que plasmaron en sus versos la situación corrupta y degenerada de una parte de la Iglesia en la Edad Media, además de hacer otros poemas eróticos. El *Libro de Buen Amor* es uno de los exponentes de la mejor poesía de los goliardos, aunque fuera tardío, pues se escribió cuando los goliardos ya habían desaparecido en el resto de Europa.

BIBLIOGRAFIA

- ARIAS Y ARIAS, Ricardo. *La poesía de los Goliardos*. Gredos. Madrid, 1970. 315 pgs.
- BERCEO, Gonzalo. *Milagros de Nuestra Señora*. Ed. y notas de A. G. Solalinde. Clásicos Castellanos. Espasa Calpe. Madrid, 1958. 5ª ed. 213 pgs.
- Cantos de Goliardo. Carmina Burana*. Prlg. C. Yarza. Trd. L. Moles. Seix Barral. Barcelona, 1981. 2ª ed. 315 pgs.
- D'OLWER, L. N. *L'escola poètica de Ripoll en els segles X-XIII*. Institut d'Estudis Catalans. Secció Històrico-Arqueològica. Anuari. MCMXV-MCMXX, Vol. VI, pgs. 3-84.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón. *Poesía juglaresca y juglares*. Col. Austral. Espasa Calpe. Madrid, 1983. 8ª ed. 252 pgs.
- PASCUAL, Pedro. *Goliardos y goliardismo*. Torre Manrique Publicaciones. Madrid, 1989. 165 pgs.
- PIGUET, E. *L'évolution de la pastourelle du XIIe siècle à nos jours*. Basel. 1927.
- RICO, Francisco. *La edad clásica de la literatura latina medieval*. Historia Universal. Europa. Siglos XI-XV. Vol. IV, pgs. 234-240. Salvat. Pamplona, 1980.
- RICO, Francisco y DEYERMOND, Alan. *Historia crítica de la literatura española*. Edad Media. Crítica. Barcelona, 1982. 742 pgs.
- RUIZ, Juan, Arcipreste de Hita. *Libro de Buen Amor*. Ed. de Jesús Cañas Murillo. Plaza y Janés. Barcelona, 1984. 360 pgs.
- STEPHENSON, Carl. *El feudalismo medieval*. Intrad. sobre "El problema del feudalismo y el feudalismo en España" por J. A. Maravall. Europa. Madrid, 1961. 168 pgs.
- VALDEON BARUQUE, Julio et al. *El poder de los Papas*. Los grandes imperios y civilizaciones. Sarpe. Madrid, 1985. 112 pgs.
- VALDEAVELLANO, L. G. *El feudalismo hispánico y otros estudios de historia medieval*. Ariel. Barcelona, 1981. 230 pgs.